

BX4700

.I7

M6

v.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPÍTULO XVI.

*De como el buen duque Luis murió en camino
para la Tierra Santa.*

Consummatus in brevi explevit tempora multa, placita enim erat. Deo anima illius: propter hoc properavit eucere illum de medio iniquitatum.

(Sap. iv, 13, 14).

En cuanto Luis perdió de vista á su querida y desolada Isabel, recobró la alegre y confiada energía que reinaba entre los afiliados en estas lejanas expediciones, así como aquel santo gozo que la fe saca del sentimiento de los sacrificios que se impone y de las victorias que obtiene ¹.

Llevaba el Duque consigo la flor de la caballería de sus Estados: á los cinco condes Luis de Wartbourg, Gunther de Kefernburg, Meinhard de Muhlberg, Enrique de Stolberg

¹ Perrexit Dominus exultans, ut gigas ad currendam viam... cum gaudio et iucunditate maxima. (Theod.).

009076

y Burkhard de Brandenburg; á su copero Rodolfo, señor de Varila; á su mariscal Enriquè, señor de Ebersberg; á su chambelan Enrique, señor de Fahern; á su senescal Herman de Hosheim, y una multitud de otros barones y caballeros ¹. Peones llevaba pocos, por motivo, segun un cronista, de la gran distancia y lo pesado del viaje. Cinco sacerdotes, entre ellos el limosnero del Duque, Bertoldo, que escribió la vida de éste, iban encargados de celebrar los divinos oficios y administrar los Sacramentos y demás socorros espirituales á todos estos guerreros durante la expedicion.

Además de todos estos condes y señores, vasallos inmediatos suyos, llevaba el Duque consigo tambien, como jefe de los cruzados de toda la Alemania central, un número muy grande de caballeros de Suabia, Franconia, y las orillas del Rhin. Es notable entre ellos aquel conde Luis de Gleichen, tan famoso en Alemania por sus novelescas aventuras durante esta cruzada. Una tradicion sumamente arraigada y apoyada en multitud de pruebas históricas refiere que habiendo sido este Conde hecho pri-

¹ Los nombres de todos ellos, así como de los ya citados, los trae Rothe. Véase tambien á Justi.

sionero y trasladado á Egipto, recobró allí la libertad por manejos de la hija del Sultan, llamada Melechsala, la cual exigió del caballero palabra de tomarla por esposa, no obstante tener éste mujer legítima en Turingia, que era de la familia de los condes de Orlamunda. El caballero llevó á su libertadora primero á Roma, donde, segun se dice, obtuvo del Papa dispensa para este doble matrimonio; y desde allí á su castillo de Gleichen, donde ambas esposas vivieron en la union mas perfecta y cordial ¹.

En tan buena compañía emprendió Luis la jornada por en medio de la Franconia, la Suabia y la Baviera; atravesó los Alpes del Tirol, y pasando por la Lombardia y la Toscana, se dirigió á reunirse con el Emperador en Apulia, como lo verificó en la ciudad de Troja á fines de agosto de 1227. Ha-

¹ Esta historia, que ya una crónica del siglo XV califica de *historiam nominatissimam comitis de Gleichen*, ha sido asunto de numerosas controversias entre los sábios e historiadores de Alemania en los dos últimos siglos en pro y contra la realidad de este doble matrimonio. Puede verse en Justi la enumeracion de todos ellos. En la catedral de Erfurth se ve el sepulcro de este Conde tendido entre sus dos mujeres. Las tradiciones francesas de la caballería refieren el mismo hecho de Gilles de Trazegnies.

bia juntado allí el Emperador un poderoso ejército, compuesto de cerca de sesenta mil hombres alistados bajo las banderas de la Cruz; y no obstante haberse ya declarado en su seno una enfermedad epidémica, todo estaba dispuesto para la partida, aunque por aquel motivo se iba retrasando el día del embarque. Como á pesar de su juventud ningun príncipe inspiraba tanta confianza al Emperador y á sus inferiores, el Landgrave tuvo con él una entrevista secreta en la isla de San Andrés para tratar con todo detenimiento sobre la dirección de la empresa. Á poco de esta conferencia los dos Príncipes se dieron á la vela en Brindis, habiendo antes implorado para su viaje la asistencia divina por medio de públicas rogativas y otras ceremonias religiosas. No bien estuvo el Duque á bordo, cuando se sintió atacado de una fiebre fría. Al cabo de tres días no pudiendo tampoco el Emperador soportar las molestias del mar, mandó hacer escala en Otranto ¹, donde se hallaba la Emperatriz ², y á donde también le

¹ También él cayó enfermo, ó fingió estarlo, y licenció su ejército, lo cual le trajo la excomunión de Gregorio IX.

² Yolanda de Brienne, que murió poco después.

siguió el Duque, no obstante que una gran parte de su gente continuara ya su ruta hacia Palestina. Con el respeto y ceremonia que siempre, hizo el Duque su visita á la Emperatriz; mas el mal que sufría redobló de modo su intensidad, que á duras penas le permitió volverse á bordo y meterse en cama; haciendo la enfermedad tan rápidos progresos que muy pronto dispó hasta la postreresperanza de salvación ¹. Apercibido antes que nadie el paciente de lo grave de su estado, dictó sin pérdida de tiempo su testamento, y mandó llamar al Patriarca de Jerusalem para que le administrase los santos Sacramentos. Vino este Prelado acompañado del Obispo de Santa Cruz, y le administró la Extremaunción, ante todo, según se estilaba en aquel tiempo ²: luego el enfermo, habiendo confesado sus culpas con grande humildad y contrición, recibió en presencia de todos sus caballeros, colocados

¹ Muchos historiadores dicen que sobre el Emperador recayeron sospechas vehementes de haber hecho envenenar al Landgrave; pero cuesta trabajo creerlo, pues no parece tener fundamento sospecha tal, atendida la íntima y confidencial alianza que entre ambos personajes existía.

² En aquella época, antes que el santo Viático, se recibía siempre la Extremaunción. (*Rothe*).

al rededor del lecho, el Pan de los fuertes con fervorosa devocion y la expresion de la fe mas viva.

Ni en la relacion de su limosnero, testigo de sus últimos momentos, ni en otro alguno de los historiadores que posteriormente los refirieron, hay cosa alguna de que pueda inferirse que el santo y valiente caballero sintiera el mas leve disgusto de dejar esta vida. Ni aquella juventud en flor que la tumba iba á tragarse; ni el recuerdo de aquella patria que no le veia rendir el postrer suspiro; ni las dulzuras y grandezas de aquel poder tan noblemente usado; ni los deudos; ni aquellos queridos hijos apenas por él conocidos; ni aun la misma Isabel, aquella Isabel á quien profesaba un amor tan tierno, tan fiel, tan único y solo; ninguno en fin de todos estos bienes parece que fueron parte en lo mas mínimo para detener por un solo instante el vuelo de aquella alma ansiosa de remontarse al cielo. Antes bien lo que se infiere es, que tenia ansia de morir; y dominado exclusivamente por el sentimiento de la dicha de hallar la muerte bajo las banderas de Cristo, á su servicio y sueldo por decirlo así, aquel corazon no daba entrada á ningun recuer-

do ni afecto puramente terreno. Habiendo vivido para Dios y en Dios únicamente, le parecia una cosa enteramente natural el morir á la hora señalada por Dios y en el puesto en que Dios le colocara, recibiendo por tanto sin murmurar, como obediente y fiel soldado, la señal que le llamaba antes de terminarse el combate. ¿Cómo este momento de absoluta é irreparable separacion no arranca ni un suspiro ni una lágrima á aquel Príncipe que tan abundante llanto vertiera el separarse, solo por breve plazo, de su amada familia; á quien tan mortales angustias costara el arrancarse poco há de los brazos de una esposa á la que podia esperar abrazar de nuevo bien pronto? Nada tiene de extraño: lloró y gimió mucho cuando iba á alejarse de ella en la tierra; mas ahora, en la puerta del cielo, esta imágen querida no podia presentársele sino en el seno de los goces futuros de una eternidad feliz.

Así fue que únicamente se ciñó en aquellos momentos á encargar á sus caballeros que fueran á anunciar su muerte á Isabel, haciéndole entrega de aquella sortija que le enseñara al tiempo de partirse para Tierra Santa, y diciéndole ciertas palabras que no nos han sido conservadas por los

cronistas. Suplicóles también en nombre de Dios y de la Virgen, que si tenían la dicha de sobrevivir á su santa empresa, cuidaran de conducir sus huesos á Turingia y de darles sepultura en la abadía de Reinhartsbrunn, donde tenia él escogida su sepultura, y que nunca le olvidaran en sus oraciones. Poco antes de espirar vió una bandada de blancas palomas que, llenando el aposento, revoloteaban al redentor del lecho: «¡Ved, dijo, ved esas palomas mas blancas que la nieve!» Creyeron los circunstantes que deliraba; y un poco despues dijo el Príncipe: «Es menester que yo emprenda «mi vuelo con todas estas hermosas palomas.» Y diciendo esto durmió en el Señor, dejando esta vida mortal para entrar en la patria eterna, y tomar su asiento entre los caballeros de Dios ¹, tres dias despues de

¹ «Videtsne columbas has super nivem candidas?» Ipsum fantasiis decipi putaverunt. Et ille post paululum iterum dixit eis: «Oportet me cum «columbis istis splendidissimis evolare.» Quo dicto, in pace obdormiens, vir christianissimus pro Christi nomine exsul et peregrinus, Christi cruce signatus à peregrinatione vitae praesentis rediens ad patriam, ad Dominum emigravit. (*Theod.*). — En las Horas francesas de la edad media se llaman con frecuencia los Ángeles, *caballeros, amigos de Dios.*

la Natividad de la santa Virgen ¹, á la edad de veinte y siete años recién cumplidos.

Apenas espiró el Príncipe, vió su limosnero Bertoldo las palomas, de que hablara aquel poco antes, volando hácia el Oriente; siguiólas largo rato con la vista, y no le pareció extraño que el Espíritu Santo, así como habia bajado sobre el Hijo de Dios en forma de paloma, hubiera ahora enviado Ángeles bajo esta cándida y hermosa apariencia, para buscar y conducir á la presencia de la eterna Justicia aquella tierna alma que, durante su mortal peregrinacion, habia conservado la inocencia y candor de una paloma ². El semblante del Duque difunto, ya tan bello en vida, pareció realzado de hermosura nueva despues de inmovilizado por la muerte; no se

¹ 11 de setiembre de 1227.

² Vidit easdem columbas ad orientem evolare, quas diurno intuitu sequebatur. Spiritus Sanctus qui à, etc... ipse in candidissimis columbis angelicos spiritus misit, qui columbinum innocentis viri spiritum deducerent, etc. (*Theod. ex Berthold. l. c.*). — Sabida es la leyenda de san Policarpo que fue quemado vivo: su sangre sofocó las llamas; y de las cenizas se vió salir una blanca paloma que voló hácia el cielo. También sucedió lo mismo en la hoguera de Juana de Arco.

podía sin admirarla contemplar aquella expresión de fe satisfecha, de dulce paz, de inefable gozo, impresa en aquellas mejillas, pálidas con esa placidez de la muerte de tan profundo y puro encanto.

Horrible fue el dolor de cuantos vieron á aquel que debía ser su capitán en jornada tan peligrosa, morir así entre sus brazos en la flor de la juventud y del valor; y aun mas vivo todavía el de aquellos sus vasallos ó hermanos de armas que habiéndosele adelantado en el camino para Palestina, no tuvieron la triste dicha de presenciarse sus últimos instantes, y recoger su postrer aliento. Así que, cuando en medio de los mares supieron la infáusta nueva, llenaron los aires con sus agudos gritos de dolor, y resonaron en las olas sus prolongados gemidos: «¡Ay, amado señor! decían; ¡jay, amado caballero y valiente campeón! ¡cómo de esta suerte nos dejais en tierra «extraña desterrados! ¡Desdichados de nosotros que en vos hemos perdido la lumbré de los ojos, el capitán de nuestra empresa, la esperanza del retorno á nuestra «patria !»

¹ Factus et ploratus et ululatus multus, ut mare concussum tremere videbatur à vocibus plangen-

Y estas cosas diciendo, luego volvieron proas. De concierto con los compañeros que habían quedado en tierra, juraron todos solemnemente ejecutar la postrera voluntad de su amadísimo Príncipe, si lograban salvarse de los peligros de la cruzada. Entre tanto celebraron con pompa las exequias del Príncipe, y dieron cuidadosa sepultura á su cadáver, poniéndose despues nuevamente en camino para cumplir su voto.

tium clamore miserabili. O heu! inquit, Domine, heu! inclyte, quomodo à te in terra aliena exsules derelicti sumus! Quomodo te amisimus, lumen oculorum nostrorum, ducem peregrinationis nostrae, spem reversionis nostrae? Vae nobis! (*Theod.*).

CAPÍTULO XVII.

De como la amada santa Isabel supo la muerte de su marido; y de la grande angustia y tribulacion que por ella tuvo.

Quo mihi avulsus es? quo mihi raptus á manibus, homo unanims, homo secundum cor meum? Amavimus nos in vita: quomodo in morte sumus separati?... Omnino opus mortis, horrendum divortium. Quis enim tam suavi vinculo muli nostri non pepercisset amoris, nisi totius suavitatis inimica mors?

(S. Bern. *in Cant.* serm. XXVI).

Flebat igitur irremediabilibus lacrymis.

(*Tob. x.*, 41).

Largo y difícil camino tenían que hacer los caballeros comisionados por el duque Luis, al morir, para llevar á Turingia aquella infausta nueva; y la fúnebre embajada, poniendo plomo en los piés mas que espuelas al deseo, no era á propósito para acelerar la marcha: hasta entradas del invierno no llegaron al término del viaje. Habia dado á luz la jóven Duquesa en este intervalo el cuarto fruto de su matrimo-

nio, que fue una niña llamada Gertrudis; y hallándose aun convaleciente de su apuro, no pudo dar audiencia, luego de llegados, á los portadores de la triste nueva. Hubieron éstos, pues, de comunicarla á la Duquesa madre y á los jóvenes príncipes Conrado y Enrique, enterándoles de la cruel y no esperada pérdida que acababan de sufrir. En medio de la consternacion universal que la noticia produjo en la familia y en el pueblo del ilustre finado, tuvieron cuenta algunas personas piadosas y prudentes del efecto que iba á causar en el corazon de la jóven madre, que era viuda y aun no lo sabia. La misma Sofia, revestida de un corazon de madre para con aquella á quien su hijo tanto habia amado, dió las órdenes mas severas y escrupulosas á fin de que nadie cometiera la imprudencia de dejar sospechar siquiera á Isabel la desgracia con que el cielo la heria, y tomó todas las precauciones necesarias para que estas órdenes se cumplieran á la letra. Mas al fin, pasado tiempo bastante despues del parto de la Duquesa, fue preciso noticiar á la tierna y fiel esposa la gran tribulacion con que el Señor se dignaba visitarla. Tomando á su cargo la duquesa Sofia tan ter-